concedida tan ámplia como se solicitaba porque la mayoría del Congreso era moderada. Una vez conseguida autorizacion el Gobierno cerró las Córtes el dia 22 de Marzo, para poder con más libertad gobernar á su capricho. Sobreescitados ya los ánimos por las ideas revolucionarias que se respiraban en la atmósfera, este golpe imprudente del Ministerio fué la mecha aplicada á la mina próxima á reventar.

En efecto, en la tarde del 26 estalló en Madrid la insurreccion, y aunque pocos en número, pues no pasarian de quinientos, pero intrépidos y animosos, se arrojaron á las calles los revolucionarios, y levantando multitud de barricadas, acometieron al Gobierno de una manera violenta é inesperada. Como leones lucharon durante toda la tarde y gran parte de la noche, pero habiéndoles faltado la mayor parte de la gente comprometida, sólo consiguieron dar pruebas de un heróico valor que rayaba en la desesperacion, y dejar sembradas de cadáveres y heridos las calles de la capital. El Gobierno disponia de formidables fuerzas, y con ellas los abrumó y los aniquiló, pero no sin una lucha sangrienta y porfiada que costó muchas vidas. En esta jornada fué donde el brigadier Lersundi alcanzó la faja de general. Duraban aun el terror y las crueles venganzas del sanguinario Narvaez, cuando el dia 7 de Mayo hizo otro esfuerzo la revolucion, apoderándose de la Plaza Mayor y calles inmediatas, apoyada entonces por algunas compañías del regimiento de España. La lucha fué tan porfiada como en la anterior, tronó el cañon por espacio de algunas horas, el capitan general Fulgosio fué muerto de un balazo en la Puerta del Sol, y el general Lersundi, al frente de numerosas tropas, logró sofocar tambien esta vez á los sublevados, á quienes su valor no pudo aprovechar contra fuerzas tan desiguales.

Inexorable, cruel y severo se mostró el Gobierno de Narvaez, no sólo contra los vencidos, sino contra los que quiso calificar de sospechosos. Sin contar los que fueron asesinados en las calles, fueron deportadas á Ultramar sin formacion de causa más de mil y quinientas personas, conducidas en cuerdas como si fuesen foragidos. A los pocos dias estalló tambien en Sevilla una insurreccion militar, pero tambien fué sofocada por el general Schelly.

En Cataluña seguian al mismo tiempo dando no poco que hacer al Gobierno los partidarios de Montemolin, incendio que se propagó á otras provincias. Cabrera, el terrible conde de Morella, se puso al frente de las facciones catalanas: Elío se presentó en Navarra llamando, aunque con poca suerte, á sus paisanos á las armas, y Alzáa vino á buscar una muerte oscura en las provincias Vascongadas. Unicamente á Cabrera parecia favorecer la suerte: con su génio emprendedor y osado logró organizar un ejército de más de seis mil hombres, con los cuales estuvo burlando por espacio de un año los planes estratégicos de Pavia, Córdova y Concha, que disponian de treinta mil soldados. Unas veces derrotado, sitiado siempre por numerosas columnas, dió sin embargo pruebas de su talento militar en acciones tan notables como la derrota que hizo sufrir al general Paredes, la sorpresa del brigadier Manzano, la accion de Pasteral en que fué herido y el bloqueo de Vich. Pero en vano se esforzaba su génio estratégico: la causa del absolutismo estaba muerta en España y no encontraba eco en los pueblos que la miraban con general animadversion; por otra parte los genera-

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación